

Philippe Rahmy

ALLEGRA



INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

ALLEGRA



Philippe Rahmy

ALLEGRA



INTERZONA

INTERZONA

Rahmy, Philippe

Allegra / Philippe Rahmy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

152 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de traducciones)

Traducción de: Mariana Arzate Otamendi ... [et al.]

ISBN 978-987-790-079-8

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Literatura Suiza.

I. Arzate Otamendi, Mariana, trad. II. Título.

CDD 839

Allegra se publicó por primera vez en Francia en 2016

© Herederos de Philippe Rahmy, 2023

© de la traducción, Mariana Arzate Otamendi, Melina Blostein, Silvia Calabrese, Miguel Marqués, Ezequiel Martínez Kolodens y Julia Tomasini

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Traducción: Mariana Arzate Otamendi, Melina Blostein, Silvia Calabrese, Miguel Marqués, Ezequiel Martínez Kolodens y Julia Tomasini

Corrección: Mónica Campos

Composición de interior y tapa: Fernando Ozón

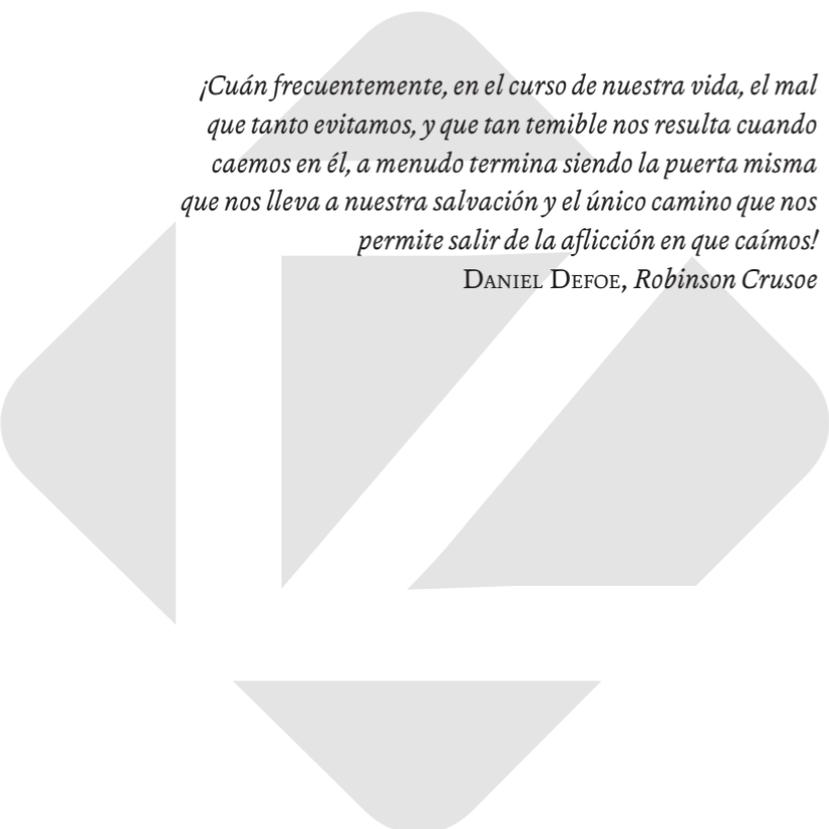
Ilustración de tapa: Fotografía del London Eye, Pixabay

ISBN 978-987-790-079-8

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



¡Cuán frecuentemente, en el curso de nuestra vida, el mal que tanto evitamos, y que tan temible nos resulta cuando caemos en él, a menudo termina siendo la puerta misma que nos lleva a nuestra salvación y el único camino que nos permite salir de la aflicción en que caímos!

DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*

El león rugió antes del alba. Cuando salga el sol, subirá a una rama para contemplar a su progenie. Un cachorro de león enfermo, casi muerto. Luego Edgar posará su mirada cansada en los hombres. Los verá pasar detrás de las rejas, entre los árboles, caminar orgullosamente por la calle y reinar en la ciudad como él reinó en la naturaleza. Ahora espanta las moscas con la cola. Lo escucho durante mis insomnios y siento que nos parecemos. A menudo lo visito camino al trabajo.

Oslo Court aún duerme. Vivimos, Lizzie y yo, en un lindo dúplex de este edificio para viejos ricachones. Las cortinas de nuestra habitación están cerradas. El rostro de Lizzie, iluminado por la lámpara, se me aparece en toda su belleza. Luego se da vuelta hacia la pared y suspira mientras desvela su espalda de vértebras salientes. Adelgazó mucho desde que nació Allegra.

Afuera, Edgar lanza un rugido. Un gruñido ronco, el lamento de un rey en decadencia. Va a ser un día pesado. Al mediodía, el sol se instalará en los edificios de ladrillo. Una tormenta estallará cuando llegue la tarde, luego el sol lleno de vapor desaparecerá como un proyector que se apaga. Poco después, un cuidador entrará en la jaula de Edgar. Traerá un balde con carne, se lo mostrará a los chicos amontonados detrás de la reja. La jaula temblará con cada movimiento del león, muy alterado. La cría y su madre aparecerán. El cachorro se desplazará penosamente sobre sus patas atrofiadas. Los chicos dirán, uy, pobrecito... antes de salir disparados hacia el sector de los monos. En la jaula, la leona Nghala se quedará entre

Edgar y Simba, el cachorro, que intentará comer. La pelvis pegada al cemento, el lomo arqueado, todo el peso del joven animal recaerá sobre sus hombros temblorosos. Su cabeza desaparecerá dentro del balde, saldrá embadurnada de rojo y volverá a zambullirse. Esa máscara ensangrentada se parece a mis pesadillas.

Mi historia es como la de otros miles que vinieron a hacer fortuna a Londres, pero el único que la vivirá seré yo, Abel Iflisen, hijo de Bouziane y de Sofines, nieto de Anzar y de Nélia, de Amghar y de Badira.

Hace quince días que vivimos en el trópico, pegados a las paredes para mantenernos a la sombra, o detrás de las persianas cerradas hasta la noche. E alba es soportable. Voy al balcón, prendo un cigarrillo. Los jubilados trotan despacito por el parque, con la correa del perro en una mano y una bolsa para la caca en la otra. Los últimos murciélagos cazan alrededor de los faroles de la calle. Mi humo se mezcla con su vuelo sinuoso.

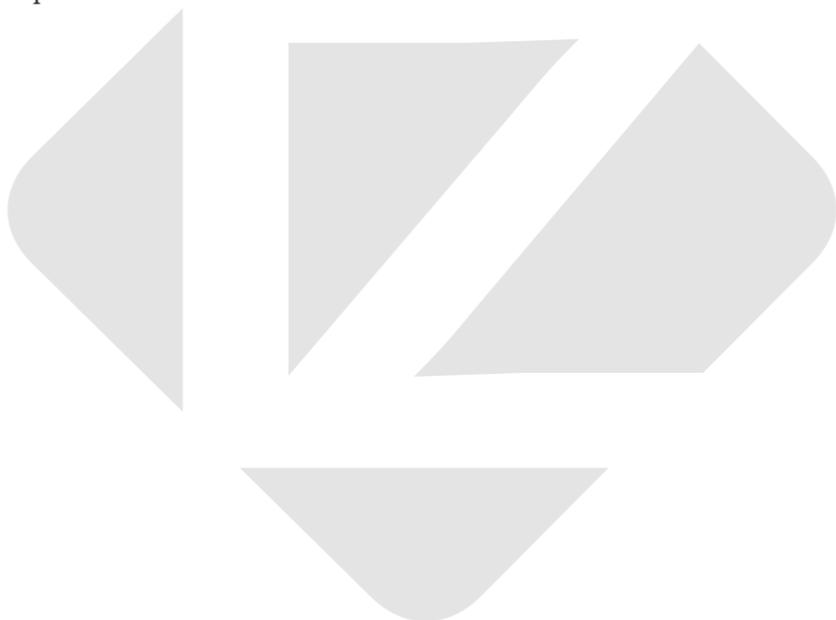
Desde que regresó de la maternidad, Lizzie ya casi no se levanta. Es 16 de junio, *Laylat al-Qadr*. La Noche del Destino. La noche en la que el Corán le fue revelado a Mahoma. Son las 5 de la mañana. Últimamente me despierto transpirado. Me siento al borde del sofá como al borde de un acantilado, hasta que mi corazón se calma. Tuve el mismo sueño otra vez. Estoy corriendo por un pasillo del subte. Hay un incendio. Es un sálvese quien pueda. Corro con el resto de los pasajeros hacia la salida.

Abro los ojos. Todo está en calma. Me levanto sin hacer ruido para no despertar a Lizzie, que duerme al lado, en la habitación. Nuestro departamento es un caos. Los platos sucios y la correspondencia se acumulan. Tarareo mientras me visto. Cambio el agua de las flores. Saco el jugo de naranja de la heladera que funciona mal y congela los alimentos en un frío polar. Prendo el lavavajillas. No podemos seguir así. No sé cuándo se arruinó nuestra vida cotidiana. Las semanas pasaron. ¿Cuántas peleas con Lizzie? La de anoche fue tan violenta que ni quiero recordarla. El día de hoy marca un nuevo inicio.

Son las 6 y 20. Allegra todavía no se despertó. Me meto entre la maraña de cables debajo del escritorio. A medida que los desenredo, se me aflojan los hombros y la nuca. Varios pares de medias y mi celular hacen su reaparición atrás del cesto de papeles. Escucho el contestador. Todos los mensajes son de Firouz. El último es por una reunión en el centro esta mañana. Decido ir para allá.

Lizzie tose. Esa tos pastosa, congestionada de sueño, me hace llorar. Me repito la frase que diré cuando se despierte. Una pequeña frase sin importancia. Lizzie, te pido perdón.

Hace calor, se oyen los grillos, alguien intenta poner en marcha un auto en la calle. El motor está ahogado. Una puerta se cierra de golpe. Vuelve el silencio. Lizzie gime. Empujo la puerta de la habitación, dudo, me quedo en el umbral. Liz gira la cabeza hacia mí. Me mira como si no supiera quién soy. La cuna de Allegra está al lado de ella. Las palabras se me anudan en la garganta. Murmuro, tengo una reunión con Firouz. Lizzie no reacciona. Le hago *te llamo* con la mano. Me responde, con el mismo silencio, *fuck you*, apuntando con el dedo medio hacia el techo.



Sentirse solo en Londres es imposible. Las calles son pura sonrisa. Hay algo en el ambiente que se siente natural. Los grandes se mezclan con los chicos: un *trader* comparte un banco público con un hombre que vive en la calle, una vieja pretenciosa conversa con un punk en la parada del colectivo, un cura se le insinúa a una chica en el pub.

Pasear a la mañana me hace bien. El calor me envuelve cuando dejo atrás el lago del Regent's Park. Un globo aerostático publicitario con los colores de uno de los patrocinadores de los Juegos Olímpicos flota amarrado al suelo, por encima de una pradera cerrada al público, cubierta de hierbas salvajes y de flores. La mezquita, situada al borde de este paraíso, parece un búnker abandonado en pleno campo. El edificio de cemento, con ventanas estrechas, está coronado por una cúpula descascarada. Unas puertas enormes y una reja oxidada terminan de dar la impresión de un campo atrincherado para quién sabe qué batalla de retaguardia que terminó hace siglos o que nunca sucederá.

En las mesas de la vereda, se puede distinguir a algunos ancianos sentados bajo los árboles que dan una sombra de papel maché. Los peatones que entran o salen del parque van por la vereda de enfrente, porque la de la mezquita está destruida por las raíces. Siempre hago el esfuerzo de cruzar, sin saber muy bien por qué, como para mostrar a esos viejos que existe gente que no teme dañar sus zapatos ni acercarse a la tierra del Islam.

Como todas las mañanas, un hombre con una larga barba blanca me mira con insistencia. Sus ojos, apenas visibles bajo sus cejas de nieve, me escrutan a través de la reja; todos los días me digo que no tengo por qué castigarme con esos treinta segundos desagradables, y que desde ahora iré por la vereda de enfrente, como todo buen londinense. Pero siempre cambio de opinión, quizás porque ese viejo coincide con la imagen que tengo de mi abuelo, un hombre del desierto, que se estremecía ante el menor ruido como animal al acecho. La mezquita del Regent's Park transmite una tristeza sin nombre. Su degradación cuenta lo que quedará de nosotros: una tumba y unas pocas gramíneas sacudidas por el viento.

Otro viejo despega la nariz del libro. Destila bondad. Por un instante, entreveo la vida detrás de la vida, la causa de todo, una presencia capaz de animar la materia, las galaxias y los planetas, de fabricar oxígeno, pasear al sol de un lado al otro del horizonte. Por un instante, todo se vuelve transparente. Veo la sangre en las venas de este hombre que reza y las leyes físicas que estructuran la mezquita, una inteligencia universal, ecuaciones que suben y bajan dentro de las columnas, átomos que se atraen y se repelen y el sol londinense que absorbe esta carga, veo los esquistos hundirse más abajo hacia las napas freáticas, cada vez más abajo, hasta el centro de la Tierra.

Insensible al prodigio de la materia, el viejo medita sin hacerse preguntas. Apenas distraído por mi llegada, me saluda con sus ojos cálidos. Paso el edificio lleno de cámaras. Lo olvido enseguida. La avenida vuelve a imponerse. Pero mi despreocupación ya no es la de antes. ¿Lizzie vuelve a ser la mujer que amo cuando me voy de casa? ¿Baila con la música de Robert Wyatt? ¿Recita poesía con Allegra en brazos? ¿Cuándo volveremos a vivir aquellas horas felices bajo las sábanas? ¿O se queda como la dejé, postrada, más muerta que viva? Lizzie tiene que comer, tiene que descansar. Todavía nos queda un largo camino por recorrer juntos, no me cabe duda, incluso si la suerte se ensaña con nosotros. Enfrentaremos

la situación. Somos una familia. Por ahora, soy el único que está seguro de esto.

La luz y los ruidos determinan mi rumbo en esta magnífica mañana de junio. Conozco de memoria el trayecto hasta el lugar del encuentro, avanzo sin dirección, con la mente vacía. Veo a un joven cuya cabeza afeitada, tatuada con golondrinas, se destaca entre las demás. Una mujer asiática lo toma por la cintura. Me cruzo con la pareja varias veces, me parece que la mujer me saca una foto. Observo su reflejo en una vidriera, pero pronto la multitud los envuelve, se extiende y se renueva ola tras ola como un mar en movimiento.

Los turistas hacen fila delante del Madame Tussauds. Cruzo de vereda. Debería tomarme un tiempo para reflexionar sobre lo que nos está pasando a Lizzie y a mí. Pero corre un aire muy agradable. No logro ordenar mis ideas. Los minutos se escurren como en un reloj de arena. Durante una hora, al menos una hora, quiero saborear mi libertad.

Un grupo de hombres vestidos con chilabas conversan en la puerta de un centro para refugiados. En el hall de entrada, protegidas del sol, unas mujeres escriben y escriben en sus celulares. Una corriente de aire les vuela los velos. Al verme, las mujeres se quedan inmóviles y se desvanecen en las penumbras. Los hombres están por su lado. Se dan palmadas, se hablan con un tono musical, adulador, que crea la ilusión de estar en una calle de Bamako o de Lagos.

Atravieso una plaza. Los senderos se abren sinuosos entre las flores. Los pájaros cantan. A mediaaltura, las líneas puras de las fachadas contrastan con el vaivén del follaje. Nada sobresale, todo está ahí. Londres aparece como en la mañana del mundo, tan desnuda y desarmada como Lizzie y yo cuando tuvimos a Allegra en nuestros brazos.

Estábamos tremendamente felices, atontados por el cansancio. Como todos los padres jóvenes, teníamos miles de decisiones que

tomar. Semejante responsabilidad, tan de repente. Desde sus primeras horas, Allegra nos miró, a su madre y a mí, con ojos de criatura marina, dirigidos hacia el interior, abiertos a una noche permanente. Luego salió de las tinieblas. Los días y las noches se sucedieron. La madre y la hija eran un calco. Una melena negra, desgreñada, la frente alta y abombada, la sien con venas azuladas y la misma sonrisa indefinible al dormir. Cuando llegaron del hospital, la habitación de la beba estaba lista. Le di la sorpresa a Lizzie. Las paredes azules con lunares blancos y un móvil de mariposas de papel, como en *Little Lord Fauntleroy*. Al otro lado de la ventana, Londres palpataba. ¿Qué existencia le esperaba a nuestra hija? A los tres meses, Allegra nos reconocía. En ese momento nació realmente. Pero nosotros ya estábamos demasiado ocupados peleándonos. Lizzie, más pálida que nunca, se sobresaltaba con el más mínimo ruido, me contradecía en todo. Después, perdió la cabeza.

Hoy, en esta plaza, tras tantos gritos y llantos, horas monótonas en el trabajo, horas insomnes escuchando los ruidos del zoológico, Londres viene a mi encuentro con dulzura. Sé que mis ojos ven lo que quieren ver, pero no puedo sino confiar en la ciudad, leer sus señales, buscar una huella sutil, no de la situación que estamos atravesando, sino, como antes, de la promesa de días felices.

NOTA A LA TRADUCCIÓN

Contaba Philippe Rahmy (1965-2017) que, cuando era bebé, su madre no podía acunarlo en brazos, pues había nacido con osteogénesis imperfecta. Entonces lo acunaba con historias. Desde muy pequeño, las palabras nutrieron su mundo. El lenguaje fue su compañero en la experiencia de la inmovilidad del cuerpo. La enfermedad no le impidió convertirse en egiptólogo, activista, escritor. Al contrario, Philippe se inspiró en el dolor que lo atravesaba para crear una obra heterogénea, rica en contrastes e intertextualidad. Fue un escritor prolífico, dejó numerosos manuscritos inéditos y diez libros publicados: *Mouvement par la fin* (2005), *Demeure le corps*. *Chant d'exécration* (2007), *Cellules souches* (2009), *Béton armé* (2013), *Corps au miroir* (2013), *Allegra* (2016), *Propositions démocratiques* (2017), *Monarques* (2017); y dos póstumos, *Pardon pour l'Amérique* (2018) y *Où je me rêve* (2023). Además, su amigo Lou Lepori acaba de publicar una biografía, *Philippe Rahmy: le voyageur de cristal* (2023). Por otro lado, dedicó gran parte de su tiempo a redactar correos electrónicos y cartas. A menudo, un mensaje en las redes sociales hacía las veces de poema. Publicaba textos en sitios web de literatura y crítica como *remue.net*, del cual fue miembro fundador, donde también compartía proyectos de otra índole, como cortometrajes y fotografías.

Su escritura temprana era introspectiva y buscaba establecer un vínculo entre el lenguaje y el cuerpo. Luego tuvo, en sus palabras, “la posibilidad de hacer mutar su escritura” cuando lo invitaron a hacer una residencia literaria en Shanghái. De aquel viaje nació

Béton armé y el eje de su obra se movió del espacio interior al exterior, de las partes del cuerpo al mapa de la ciudad. Ahí escribe:

El mapa de la ciudad es un corte de cerebro de la humanidad. Los lugares que muestra, las plazas y los bulevares, esos espacios de realidad tangible son también aquellos en donde se producen las cosas que no se ven, los besos que se intercambian en los muelles, las ratas muertas en el callejón y el aluvión tumultuoso de los pensamientos bajo la máscara de los rostros.

Aun en su silla de ruedas, Philippe decidió recorrer Shanghái, con el riesgo que eso implicaba para su salud. Era consciente de la fragilidad de sus huesos. Sin embargo, la curiosidad le mostraba caminos distantes y la ética lo motivaba a tomarlos. La residencia en China marcó su rumbo literario y la apertura al movimiento en su propia vida: fue catalizadora de otros viajes a diversos lugares de los dos hemisferios para ir a recalar, en una última etapa, a su tierra natal, a Suiza, donde fue residente de la Fundación Jan Michalski, en Montricher. Fue ahí, terminando de escribir *Pardon pour l'Amérique*, donde sufrió una crisis que provocó su muerte. Philippe murió entre palabras y montañas.

Allegra, un título sugerente para una historia inquietante, vital, claroscuro, energizante. En parte, como su autor. Como el resto de su obra, esta novela es exigente con quien la lee. Permea la poesía, la ficción y la autoficción. Las frases son cortas. La cronología es disruptiva, la intención es poética, la perspectiva es filosófica y política. La voz narrativa del protagonista se encuentra en una especie de laberinto psicológico cuyo centro es el cuestionamiento identitario. Abel Ifflissen, francés de origen argelino, tiene dificultad para entender quién es y qué está pasando con su vida. Sus pensamientos, como la propia estructura de la novela, sufren constantes quiebres, parecen inacabados, pasan del caos mental a las calles de Londres. La voz narrativa está en una búsqueda constante, por eso

describe todo con precisión: paisajes, rostros, objetos. Philippe nos regala un personaje que nos lleva, como en una montaña rusa, a experimentar la vida.

Con esta novela viajó a Buenos Aires en 2016, invitado por la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, que coordinaban las profesoras y traductorxs Lucila Cordone y Estela Consigli en el Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”. La Escuela, que aún continúa, trae a Argentina escritorxs de otras lenguas, con cuya obra trabaja un grupo de traductorxs. En aquella edición participamos doce traductorxs de diferentes generaciones y países hispanohablantes.

Philippe entró al salón en su silla de ruedas, con su sombrero. Desde el primer momento nos impactó cómo cada palabra y cada gesto, cada sonrisa y cada mirada, cada obviedad y cada broma conservaban todo el peso y corporeidad que sus huesos iban perdiendo. Su presencia y generosidad hicieron que rápidamente gravitáramos a su alrededor y nos constituyéramos como grupo. No obstante, él supo apartarse del centro y de la figura de autor para que la escena principal fuera la experiencia de la traducción, la lengua, el espacio compartido: “en el escenario, el lenguaje y nada más; alrededor, la vida-ciudad”, como él mismo expresó.

Durante el taller, tradujimos fragmentos de la novela e hicimos un breve proceso de revisión que abrió reflexiones sobre la traducción en diferentes variedades de español, reflexión y práctica que nos interesaba seguir explorando. Hacia el final, leímos partes seleccionadas de nuestra traducción de *Allegra* en las diferentes variedades de nuestro idioma común. Rahmy quizás no percibía esas diferencias, pero nos veía reír y sonreír, y sonreía él también. En aquella ocasión, disfrutamos de nuestros distintos españoles, pero ya estábamos embarcados en el proyecto de lo común. Nos habían unido la ciudad, la vida, el idioma y la literatura de Rahmy. Al despedirse de nosotrxs, nos dejó a cada unx una rosa. Tenía la intención de volver pronto a Buenos Aires, pero no pudo concretar

ese viaje porque falleció poco tiempo después. A raíz de su muerte, empezamos a proyectar la posibilidad de emprender la traducción colectiva de la novela a modo de homenaje a Philippe.

Tres argentinas, un argentino, una mexicana y un español conformamos el equipo de traductores que finalmente llevó adelante el proyecto de traducción de *Allegra*. Vivíamos en ciudades diferentes, nunca habíamos trabajado juntxs y tampoco habíamos participado en una experiencia de traducción colectiva como esta. Ello le dio a todo el proceso un carácter muy experimental y, como todo trabajo de traducción, lleno de pequeñas revelaciones. Pero esta vez compartidas.

Si bien la idea original del proyecto era que la novela fuera traducida en nuestras diferentes variedades del español, una decisión editorial nos llevó a usar el español rioplatense en la versión final. Esto representó un desafío compartido, en el que buscamos crear un espacio de apertura a las variedades de español, de intercambio de las imágenes que las argentinas tenían del español de México y de España, y viceversa, y elegir la opción más acogedora para todas las integrantes del equipo. Debatimos, indagamos y reflexionamos a diario sobre las variedades del español en la traducción, el español neutro, y la propia relación con el español rioplatense, tanto para las extranjeras como para las porteñas que, por cuestiones de viajes, mudanzas o diferencia de edad, tenían diferentes acercamientos a su lengua materna. En este sentido, en esta traducción al español rioplatense no dejan de estar por debajo estas preguntas, estos otros españoles.

El proceso colaborativo de traducción duró algo más de ocho meses. Al comienzo nos organizamos intuitivamente: desarmamos el rompecabezas de la novela, cuya estructura fragmentaria y recursiva nos facilitaba trabajar en capítulos. Dividimos la obra en seis partes que traducimos individualmente, luego hicimos una primera ronda de revisión en pares, y finalmente llegamos a un documento que compartimos en línea para llevar a cabo una

revisión conjunta. En esa revisión comenzó el proceso de traducción colectiva de la novela, es decir, su escritura. Nos vienen a la mente imágenes: la traductora individual adentrándose en una selva frondosa donde descubre nuevos caminos por sí misma, o por las compañeras; o el texto como una arcilla amasada por varias manos a la vez, en la que se confunden las autorías.

La traducción completa se había vuelto material, nos fue marcando el ritmo. Entramos en el fluir, nos acompasamos. Trabajamos en una especie de “sintonía de traducción”. Mucho pasó por el oído, como siguiendo una particular fidelidad métrica, para privilegiar la respiración entrecortada de la voz narradora, el carácter fragmentario general, la agitación de una consciencia que no da consigo misma, que entra en el caos y desorden temporal. En la novela los recuerdos se agolpan violentos, en bucle: un ritmo vertiginoso que se manifiesta en su estructura y sintaxis, con una puntuación extrañada, sobre todo en los diálogos y las alucinaciones visuales. Además, la voz del narrador alterna caótica y sorpresivamente entre un registro poético y otro muy oral. Al avanzar en el proyecto, se nos reveló que podíamos llegar a una voz colectiva en traducción, en lugar de conformarnos con una suma de fragmentos, como si al pulir lo ya traducido encontráramos el texto que queríamos: así respira, piensa y habla el narrador de esta novela.

En el minucioso trabajo de colaboración –detrás de cada palabra había seis cabezas decidiendo–, entre todas encontramos en el texto traducido el nivel de creatividad y precisión que queríamos, sin perder por eso ciertas particularidades y caminos que recorrimos individualmente. El diálogo nos ayudó a dar ese salto, a exponer las propias traducciones a la mirada de las demás, a permitir que ellas se asomaran a la toma de decisiones, que a veces no cuestionamos. Traducir de forma colectiva permite desarmar automatismos, y darse en una doble generosidad: ofrecer nuestro trabajo a un texto en común y que ya no nos pertenece, y abrirnos a las intervenciones y miradas de las otras. Sin esa entrega –y tal

vez renuncia— no habría sido posible este aprendizaje sobre la propia tarea de la traducción literaria, conocernos como traductoras y traductores, y transformarnos.

Agradecemos a la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, en especial a Estela Consigli, al equipo de interZona que se entusiasmó con nuestro proyecto, a Tanja Weber, esposa de Philippe, a la Association des ami.e.s de Philippe Rahmy, y a ProHelvetia.

Dedicamos este trabajo a la memoria de Lucila Cordone y de Philippe Rahmy.

MARIANA ARZATE OTAMENDI

MELINA BLOSTEIN

SILVIA CALABRESE

MIGUEL MARQUÉS

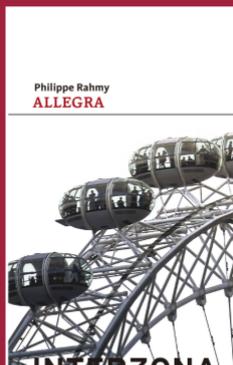
EZEQUIEL MARTÍNEZ KOLODENS

JULIA TOMASINI

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA